

calibrite

colorchecker CLASSIC



100mm



CUENTOS PARA NIÑOS



MORAL RECREATIVA

Lib. S. Durá. S. Vicente, 116. Valencia.

LIBRERÍA DE INFANCIA

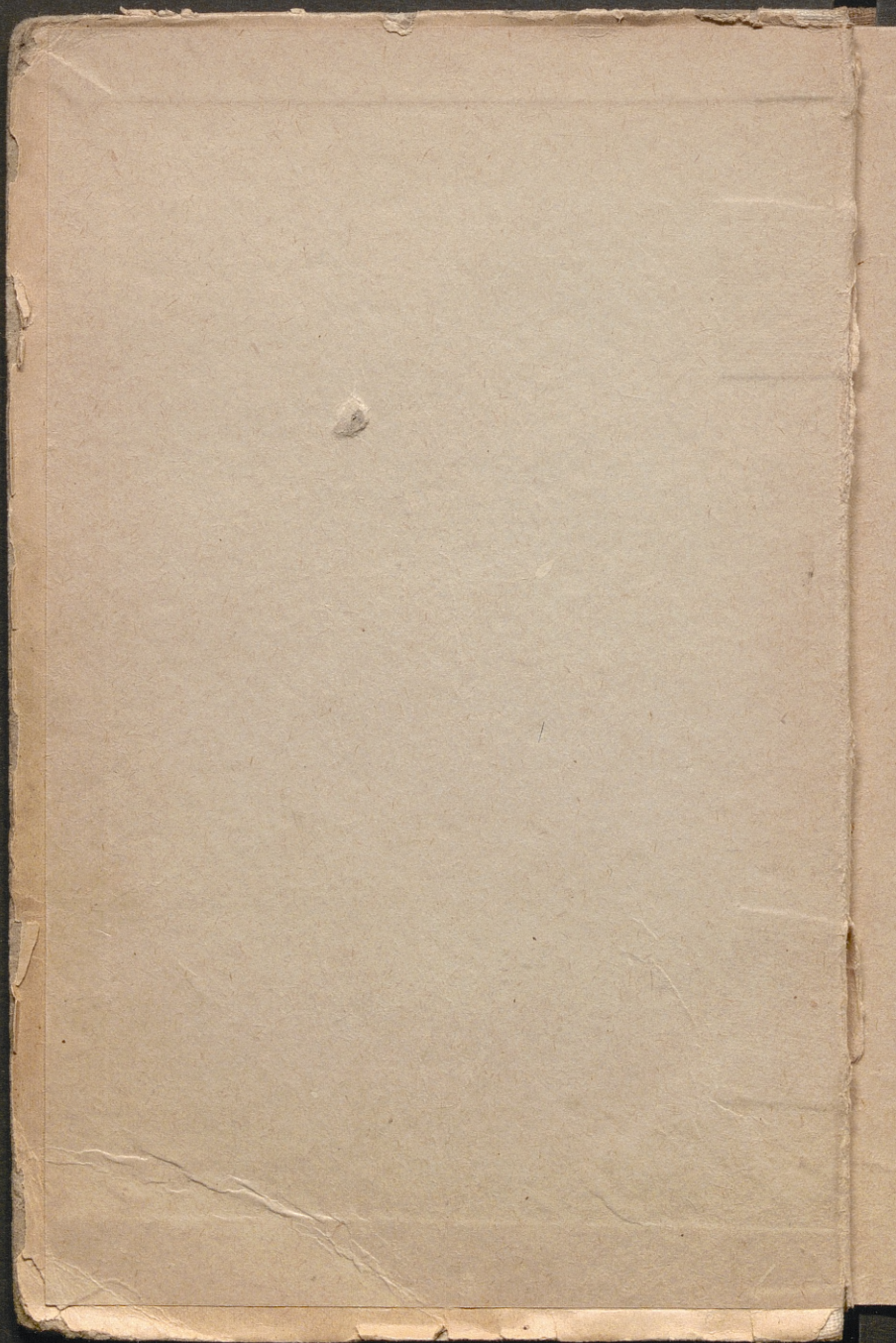
G 29181

LA VUELTA DE LA GUERRA



E.B.

HIJOS DE S. RODRIGUEZ. (BURGOS.)



DC

A

Ma Teresa ^{17 pt} de Almeida

Arguedas 25-6-35

tit. 124866

CB. 1161137

t. 124866

**LA VUELTA
DE LA GUERRA
Y OTROS CUENTOS**

MUSEO DE LA INFANCIA

Tomos publicados:

1. **Los Niños caritativos.**
2. **El Abandonado.**
3. **Lobito.**
4. **La Bruja.**
5. **La caída de la hoja.**
6. **Un Héroe infantil.**
7. **El Pequeño aeronauta.**
8. **La Caridad.**
9. **Al borde del abismo.**
10. **El Limpiabotas.**
11. **Tal para cual.**
12. **La vuelta de la guerra.**

CUENTOS MORALES

LA VUELTA DE LA GUERRA

Y OTROS CUENTOS MORALES
ILUSTRADOS



BURGOS
HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ
IMPRESA. CASA EDITORIAL. LIBRERÍA

.....
.....
ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

IMPRESO EN LOS TA-
LLERES DE LA CASA.
PUBLISHED IN SPAIN



CON APROBACIÓN ECLESIASTICA
.....
.....

R. 96850

LA VUELTA DE LA GUERRA

LA guerra es una de las mayores calamidades que pueden afligir á las naciones, y el promoverla sin causa justificada, constituye uno de los más grandes delitos.

La guerra es casi santa cuando se trata de defender la razón y el derecho, vinculados en la independencia de la patria.

El pobre Juan había aprendido

.....

en la escuela de su pueblo que todos los españoles estamos obligados á defender, con las armas en la mano, la integridad y la libertad de nuestro territorio.

Y como Cuba, Puerto Rico y Filipinas eran antes perlas engarzadas á la corona de Castilla, por el celo y diligencia, casi varoniles, de la excelsa Isabel I la Católica, y del inolvidable Felipe II, Juan, ardiendo en impulsos de nobilísimo patriotismo, *sentó* plaza de soldado voluntario para Cuba, abandonando á sus padres viejecitos, y alejándose del lugar en que había nacido, del alto campanario de la parroquia en que estaba bautizado, del señor

Cura, á quien había tantas veces ayudado á Misa, del sabio maestro que le había abierto con el alfabeto los dilatados horizontes de la inteligencia.

Fué, el de la despedida, un día de terribles aunque dulcísimas emociones, para acompañar hasta las eras al intrépido mozo, sanote y colorado, y tan robusto como un Hércules; su anciano padre le estrechó conmovido entre sus brazos; su madrecita de su alma—¡los ojos se me llenan de lágrimas al recordarlo!—le colgó al cuello, entre congojas y suspiros, un escapulario bendito de la Virgen del Carmen; el virtuoso párroco le echó la ben-

dición, en nombre del Dios de los ejércitos; el bondadoso maestro le dió un beso en la frente, le apretó las manos, y murmuró en su oído las palabras *valor y confianza*; y el pueblo entero le saludó con los gritos de *¡Viva España con honra!*

Juan—Juanito, como le llamaban cariñosa y familiarmente las comadres de su pueblo—llegó á Cádiz, y embarcó, con su traje de rayadillo, á bordo del magnífico crucero *Alfonso XII*, en que hizo la travesía hasta la Habana, soñando, unas veces de día y otras de noche, unas veces despierto y otras dormido, en los insurrectos que iba á matar en aquella manigua, en aque-



Fué, el de la despedida, un día ...

llas ciénagas interminables, en aquellas sierras abruptas, en aquellos bosques de erguidas palmeras, en aquellos inmensos floridos cafetales.

Quince días le bastaron para aprender en la Habana la instrucción militar y adquirir admirable destreza en el manejo del machete y del maüser, durante cuyo tiempo pudo visitar y visitó también, en las horas libres de cuartel y de servicio, los hermosos edificios, paseos y monumentos de la capital de la isla; la catedral que guardaba las cenizas del inmortal descubridor del Nuevo Mundo; los castillos del Morro, la Cabaña, Atares, Casa Blanca y el del Príncipe, en los

cuales ondeaba la santa bandera de la patria española; el suntuoso teatro de Tacón y el de Pairet, inaugurado el 21 de Enero de 1877; los parques de Isabel la Católica y de Rodas; el palacio del capitán general; la aduana; la casa de correos; la plaza de armas, con su bellísimo jardín; la elegante y artística morada del conde de Santovenia; y el templete levantado en memoria y en el mismo sitio que ocupa la gigantesca ceiba, al pié de la cual se celebró la primera misa que se dijo en América cuando Cristóbal Colón desembarcó en Cuba.

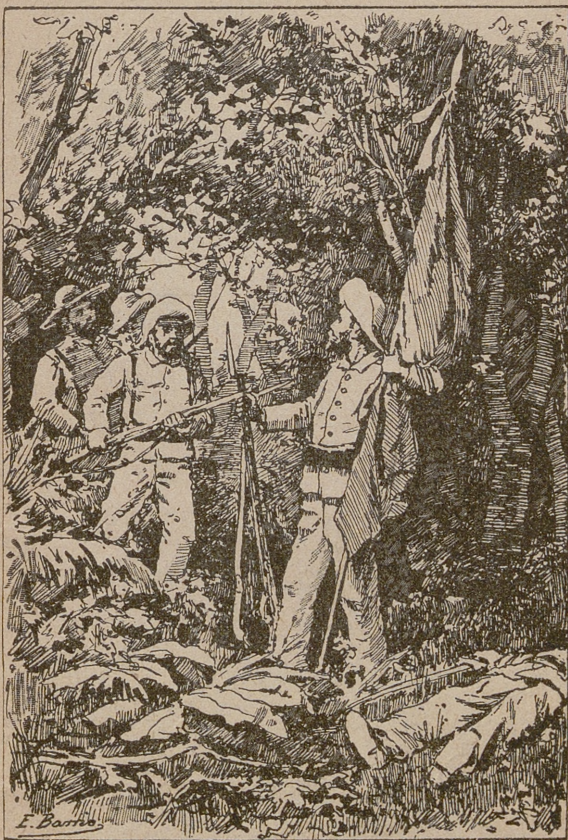
Juan no había visto nunca paseos

como el de Tacón, nombre que recuerda el de uno de los mejores capitanes generales que hemos tenido allí y en el cual paseo descuellla la monumental estatua de nuestro gran Carlos III; como la Alameda y el nuevo paseo de Isabel II; y en su afán de aprender mucho, visitó también la universidad literaria, la escuela de náutica, la de botánica, la de obstetricia, el anfiteatro anatómico, la academia de dibujo y de pintura, varios hospitales repletos de pobres soldados heridos y enfermos, el lazareto, el arsenal de marina, el acueducto que conduce el agua de que se surten las embarcaciones y

la ciudad, y que presta movimiento á las máquinas del arsenal.

Destináronle al regimiento de San Quintín, y salió de la Habana para Pinar del Río, donde la guerra era por entonces más sangrienta, porque las huestes de Maceo ni siquiera daban cuartel á los infelices que caían heridos ó prisioneros.

Juan se condujo allí con tal valor y bizarría, que bien pronto consiguió llamar sobre su persona la atención del bravo y pundonoroso coronel Cirujeda, que le dió los galones de cabo á las pocas semanas de haber llegado al teatro de la guerra. Un día la lucha fué tan dura y tan reñida, que Juan vió



Hay que vencer ó morir.

.....

caer mortalmente herido al oficial abanderado y á gran número de sus mismos compañeros; Juan arrancó de las manos del oficial moribundo la enseña roja y gualda que simboliza la honra de la patria, y dirigiéndose á los pocos soldados que le rodeaban, les dijo estas sublimes palabras:

—Compañeros: pocos somos, pero el valor no depende del número. Hay que vencer ó morir. Acordáos de vuestros pueblos, á que no podéis volver con la nota infame de cobardes. Pensad en la patria, pensad en vuestras madres, pensad en Dios, y... vamos á ellos. ¡Viva España!



Los enemigos fueron arrollados, vencidos, desbaratados y puestos en vergonzosa fuga por aquel puñado de héroes, y Juan mereció, sobre el mismo campo del combate, el nombramiento de sargento y una cruz laureada por su valor y conducta en aquel día inolvidable.

Pero—¡ay!—las balas habían respetado la vida de Juan, y una enfermedad traidora ocasionada por el clima del sol de los trópicos y por la fatiga incesante de la guerra de montaña, le llevó al hospital de Puerto-Príncipe, donde entre la vida y la muerte, quedó completamente ciego.

¡Pobre Juan! Diéronle la licencia

absoluta por inútil, y, á bordo del vapor *León XIII*, embarcó para la Península, llegando después de veinte días al puerto de La Coruña.

Aquel valiente muchacho vino á su pueblo sin anunciarse; llegó á las afueras del mismo, guiado por la mano de caritativo lazarillo; postrose de hinojos ante la cruz de piedra que existe en unos prados, y, alzando sus apagados ojos al cielo, exclamó con el acento más conmovido:

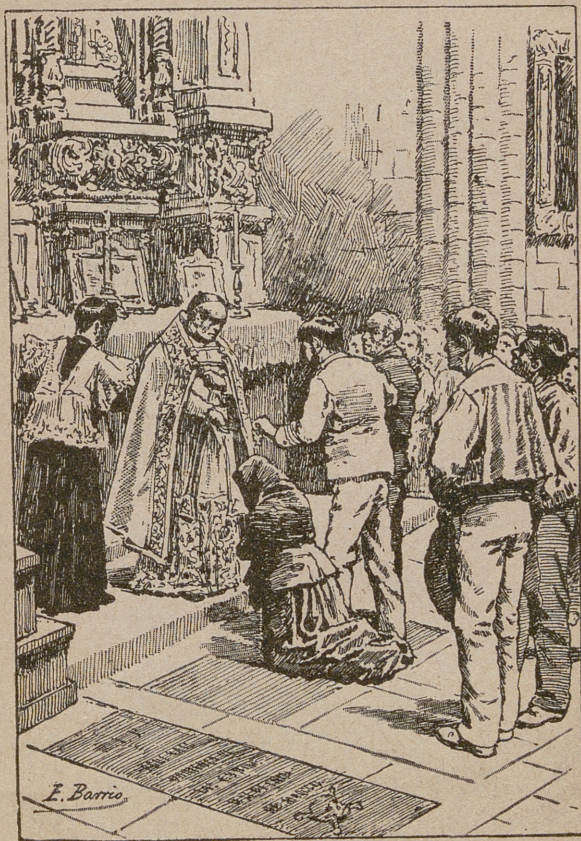
—¡Dios mío! ¡Santísima Virgen del Carmelo! ya que he perdido la vista para siempre en defensa de la patria, concededme el favor que os voy á pedir: dad fuerzas á mis po-

brecitos padres para que no mueran de pena al verme en semejante estado, haced que mi querida madre de mi alma no sucumba al dolor de mi desgracia, que yo acepto y sufriré resignado en holocausto de mi deber y en reverencia de vuestra voluntad y de vuestra gloria.

.....

.....

Ocho días más tarde, el pueblo, reunido en la iglesia, presenciaba un acto conmovedor y solemnísimos. El ciegucecito Juan, entre los brazos de sus padres, se acercaba al altar y entregaba al señor cura, para que la colocase sobre el pecho de la



... y entregaba al Sr. cura; ...

Virgen, aquella cruz laureada que hasta entonces adornara el suyo como elocuente testimonio de su bizarría en América.

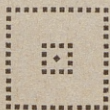
Juan fué luego conducido entre vivas y aplausos á la casa de ayuntamiento, donde el alcalde le proclamó hijo predilecto de su pueblo natal, y descubrió una sencilla lápida de marmol blanco, en que se veían grabadas con caracteres rojos, estas sublimes palabras:

«AL HEROICO JUAN GARCÍA,
SU PUEBLO AGRADECIDO.»

Pero Juan, aunque no era orador ni mucho menos, supo demostrar su gratitud por la honra que se le dispensaba, protestando que no ha-

bía hecho más que cumplir sus deberes de buen español, aprendidos de labios de su presente anciano maestro, á quien recordaba haber oído muchas veces decir, que

*A los que mueren dándonos ejemplo,
No es sepulcro el sepulcro, sinó templo.*



ANTOÑITO

I

PODÍA asegurarse que no existía en el mundo matrimonio más feliz que el formado en hora venturosa por D. Antonio Méndez y doña Isabel Sánchez. Amábanse tiernamente; eran idénticas sus ideas; poseían saneada fortuna legítimamente ganada por sus ascendientes; gozaban una salud de privilegio, y además de todas estas circunstan-

.....
cias, doña Isabel era una mujer hermosísima y don Antonio el más arrogante mozo que se paseaba por Madrid. Sobre estas felicidades les concedió la Providencia otra, que era la única que ya podían desear, un hijo.

Nació el hijo deseado y desde que nació ya no pensaron sus padres más que en hacerle tan dichoso como ellos eran, más dichoso todavía, porque para que lo fuera ellos mismos se constituyeron en humildes servidores de su hijo. No puedo yo explicar á mis tiernos lectores el mimo y el regalo con que fué criado el dichosísimo Antoñito, pero puedo afirmar, sin caer

en exageración, que ningún vástago de rey ó príncipe, en país alguno del mundo, fué jamás objeto de tan exquisitos cuidados y singular solicitud.

Día y noche mirábanse en el niño atentos y vigilantes los amantísimos padres para satisfacerle instantáneamente en los deseos que tuviera y evitarle toda contrariedad. Y así llegó á los siete años ejerciendo de tirano de menor edad y tan poseído de su importancia y superioridad que trataba á sus padres como si estos fueran, en efecto, sus servidores. No comprendía ó no quería comprender el muy tuno que todo lo que aque-

llos hacían en su obsequio y para su regalo no era otra cosa que una exageración del bendito amor paternal, si en este amor puede haber exageración.

D. Antonio y doña Dolores experimentaron la más dolorosa de las sorpresas cuando pudieron advertir en el carácter del niño unas tendencias que no podían menos de parecerles por todo extremo alarmantes. Antoñito era ingrato; las caricias, los halagos, los desvelos de sus padres no le conmovían, pero le hacían exigente y dominante. Acostumbrado á ser complacido en el acto en cuanto le ocurría, impacientábase y se irri-

taba cuando no se le podía satisfacer el capricho con tanta premura.

Antoñito era envidioso... ¡Qué aberración!; envidioso un niño que de nada carecía, que todo le sobraba, que había nacido más para envidiado que para envidioso. Él era morenillo y envidiaba al hijo del portero porque era rubio y tenía los ojos azules. Un día oyó decir en casa que Nicolás, el niño del portero, tenía unos ojos azules muy bonitos, y esto bastó para que Antoñito odiara de muerte á Nicolás, como si éste le produjera algún daño ó le usurpase alguna ventaja por tener los ojos bonitos.

Y él que, como digo, era morenillo, los tenía negros muy hermosos, pero como en sus ojos había siempre una expresión de enojo y dureza, no parecían tan hermosos. Esto es lo que les sucede á los infelices que padecen esa terrible enfermedad moral que se llama envidia; la tristeza del bien ajeno les preocupa y absorbe tan absolutamente que les hace descuidar y abandonar el bien propio; por donde se prueba que la envidia, como todos los vicios, como todos los pecados, en sí misma lleva el castigo.

Antoñito era egoísta; la envidia y el egoísmo siempre andan juntos.

Para sí quería todo lo bueno, y lo malo para los demás, Así cuando á él le dolía un dedo, por ejemplo, parecía enorme el mal y quejándose de una manera exagerada, pero si otro se rompía la cabeza, quedábase tan fresco y tan indiferente, si no experimentaba regocijo, que hay caracteres tan torcidos que se huelgan del daño del prójimo. Así, un día que Nicolás, el hijo del portero, se cayó y se hizo en la frente grave herida, los padres de Antoñito no pudieron menos de conmoverse viendo al niño en situación tan apurada, y sólo Antoñito, que estaba presente, vió con serenidad impasible, correr

la sangre de la cabeza de Nicolás. Y los amantísimos padres notaron con espanto la actitud del hijo amado á quien hubieran querido ver solícito, compasivo, noble y generoso acudir al niño de su misma edad que acababa de sufrir duro golpe y consolarle en su dolor.

¡Cómo trataba á los criados Antoñito!, con qué despego!, con qué soberbia!... Y esto, á pesar del ejemplo que sus padres le daban tratando á sus servidores con la afabilidad, la consideración y la indulgencia que tan bien sientan en los superiores respecto de los inferiores. Así, los criados miraban con prevención al niño y servíanle de

mala gana. Pero, ¿cómo había de tratar bien á los criados quien correspondía con aspereza y enojos al amor infinito de que sus padres le daban testimonio constantemente?...

Á todos los niños les gustan los pájaros y las flores. Antoñito no estimaba el singular encanto de las flores con su perfume suave y sus vivos colores, obra maravillosa de la naturaleza, ni le seducía la belleza de los pajarillos y su canto tierno y melancólico ó agudo y alegre, y si alguno cayó en sus manos, no tardó mucho en ahogarlo; tal era el perverso instinto del niño criado con tanto amor,

con tan exquisitos cuidados, con tantas delicadezas y tan grande solicitud.

Bien convencidos ya los padres de Antoñito de que se habían equivocado lastimosamente criando á su hijo con tan excesivo regalo, pensaron que era estrecha obligación suya procurar con el mayor empeño variar de conducta, pues no hacerlo así sería complicidad culpable con la aviesa criatura. Pero siendo ellos solitos los que le habían mal criado, permitiéndole y celebrándole todos los caprichos, todas las exigencias, todos las imposiciones, pensaron muy cuerdamente que habiendo



... y sólo Antoñito, que estaba presente ...

ellos mismos abdicado de su autoridad ante el grandísimo muñeco, gran trabajo les había de costar la necesaria, imprescindible rectificación de conducta. Convinieron en que no sabrían cómo trocar la indulgencia, la tolerancia, la blandura, en saludable severidad y conveniente dureza.

No había más remedio que confiar la educación de Antoñito á un maestro tan docto como inflexible que enmendara el desacierto cometido por los padres en la educación del hijo. Y resolvieron llevar á Antoñito al excelente Colegio de mucha fama en España establecido en Zaragoza y dirigido por su pro-

pietario el doctor D. Severo Azote, hombre de quien se contaba haber obrado verdaderos prodigios en la conversión de chicos rebeldes, holgazanes, díscolos, devolviéndolos á sus familias sumisos, estudiosos y suaves como un guante.

II

¡Qué pena tan grande la de los padres de Antoñito al separarse de él! ¡Aquel hijo tan deseado y en quien cifraban toda su ventura, los había dado el más doloroso de los desengaños! Ellos, que eran tan felices antes de venir Antoñito al mundo, y esperaban serlo mucho

más desde el nacimiento del hijo amado, considerábanse ya desgraciadísimos padres de una criatura de tan perversas condiciones como las que descubría el que iba á ser pupilo de D. Severo Azote. Con lágrimas se despidieron de Antoñito al entregarlo á D. Severo, y en aquel momento sufrieron la pena de verle impasible, indiferente, como siempre. ¿Qué sería preciso hacer para que se conmoviera aquél corazón de ocho años?.....

D. Severo Azote era un hombre que daba miedo; alto, grueso, de una seriedad imponente, con unas manazas colosales y unos pies enormes, y unos ojos que relampa-

gueaban, desde luego echaban de ver sus pupilas que con D. Severo no se jugaba. Había en el Colegio otros profesores de diversas materias; D. Severo, además de la dirección superior, tenía á su cargo la clase que llamaba *de los malos*, es decir, de los que antes que aprender las diversas materias que los otros profesores enseñaban, tenían necesidad perentoria de aprender á ser buenos. Por los informes que los padres del niño dieron á D. Severo, este comprendió desde luego que en la clase *de los malos* estaría en su lugar propio el nuevo pupilo, y allí lo llevó, de lo que se holgaron mucho los otros chicos

malos, pues los malos experimentan una satisfacción cuando se juntan con otro más malo que ellos, ó tanto, por lo menos.

Pronto, sin embargo, pareció Antoñito á sus compañeros sumamente antipático, porque notaron en él una soberbia y una vanidad tan extremadas que le hacían verdaderamente insufrible. Ellos eran desaplicados, revoltosos, glotones, curiosos, embusteros, pero sin orgullo, sin pedantería. Y Antoñito, con tantos ó más defectos que sus condiscípulos, miraba á todos con un aire de superioridad y de importancia por todo extremo impertinente.

Los padres habían recomendado á D. Severo que tratara á su hijo con la mayor severidad, pero sin ponerle la mano encima, sin escatimarle la comida ni privarle de los manjares de su predilección, sin encerrarle en cuarto obscuro, húmedo y triste; por lo demás, le habían autorizado á no *guardarle ninguna consideración* y á reprenderle con persuasiva elocuencia. Ya suponen mis queridos lectores que estos procedimientos no serían los más apropiados para corregir á un chico de la condición de Antonio, que era, como vulgarmente se dice, de la piel del diablo. Don Severo, muy contento de educar

en su colegio á un niño de padres de gran posición en la Corte, aceptó las condiciones expuestas, pero pronto hubo de convencerse de que Antoñito necesitaba una corrección más enérgica, porque era extremado el orgullo del muchacho, monstruosa su vanidad, inverosímil y repugnante su egoísmo, crónica su holgazanería, grande su desvergüenza y perversa su intención, y refinada su crueldad con los animales y con las flores, fuerte con el débil, condición propia de seres incapaces de todo sentimiento noble y generoso.

Don Severo tuvo paciencia durante cuatro meses, queriendo

corregir al travieso Antoñito por la dulzura y la persuasión, como le habían encargado los padres, pero al cabo de ese tiempo, desesperado ya de lograr lo que se había propuesto, escribió una carta al señor D. Antonio Méndez, rogándole que viniera á recoger á su hijo, que era una calamidad, y él podía conformarse con lo que le enviara la Divina Providencia, más no podía avenirse á sufrir las que venían por otro conducto. «Si yo hubiera podido, decía D. Severo en su carta, dar unos cuantos zurriagazos á su hijo de usted, á él y á mí nos habría servido de mucho provecho tan oportuna correc-



— Señor mío, dijo D. Severo;

ción, pero no pudiendo permitirme este desahogo, por no contravenir las órdenes de V., vengan pronto á llevarse este señorito, ó no respondo de mí.»

En el primer tren se dirigió don Antonio á Zaragoza y su primera diligencia fué ir á conferenciar con D. Severo para que le diera las explicaciones convenientes acerca de la grave determinación que había tomado el insigne profesor. La explicación de D. Severo fué muy breve. Al chico no se le podía sufrir; había sido indispuesto con todos sus compañeros; los buenos le miraban con desprecio, los malos le odiaban; tenía la ridícula va-

.....

nidad de la fortuna de sus padres; la estúpida de su guapeza y de su lujo y este detestable defecto estaba en él tan arraigado que hasta tenía vanidad en ser más malo que todos.

D. Antonio se afligió profundamente oyendo hablar de su hijo, de aquel hijo tan amado, en términos tan desfavorables como justos, y pidió al experto y discreto profesor una opinión acerca del sistema que debería emplearse para corregir los gravísimos defectos del intrépido Antoñito.

—Señor mío, dijo D. Severo, usted me perdonará que le diga una verdad que no ha de gustarle

oir. La culpa de la mala condición de este niño es exclusivamente de sus padres. Ustedes, en su infinito amor, le han hecho como es; ustedes, mirando su propio bien y el porvenir de su hijo son los únicos que pueden remediar el daño y reformar el carácter que hoy le hace odioso á todos los demás.

Ya es difícil, pero no imposible.

Variando ustedes de conducta respecto de su hijo, es como únicamente puede mudar también de condición el interesante Antoñito.

—¿Y si autorizo á usted á castigarle severamente?... preguntó don Antonio al inteligente pedagogo.

—Yo no puedo ya hacer eso;



si me hubieran ustedes autorizado antes, acaso habría obtenido resultado satisfactorio. Ahora solo ustedes pueden hacerlo. Advierto á usted que su hijo no sabe que he escrito á usted ni que le expulso del colegio. He creído conveniente, en consideración á sus padres, evitarle esa vergüenza, que, por otra parte, puede que para él no fuera vergüenza sinó regocijo y satisfacción.

El pobre padre tristemente impresionado, se despidió de D. Severo, diciendo á éste que se tomaba veinticuatro horas para meditar lo que había de hacer, y que al día siguiente recogería á su hijo, á

quien no quería ver hasta el momento de salir del Colegio. Fuése D. Antonio á la fonda, y allí meditó largas horas sobre su situación, y luego escribió una carta muy extensa á su mujer, comunicándola lo que proyectaba para corregir á su hijo, seguro de que la madre no podría menos de aprobar sus propósitos, y secundarlos. Había que apelar á grandes remedios por lo mismo que el mal era demasiado grave, y D. Antonio significaba á su esposa la próxima resolución de llevar adelante con toda energía el plan que minuciosamente la exponía para salvar á su hijo de ser un hombre per-

verso y para no tener ellos la horrible pena de acusarse de no haber sabido evitarlo.

A las doce del día siguiente don Antonio recibió un telegrama de su esposa en que ésta le decía:— «Aprobado todo y todo dispuesto. Es doloroso, pero necesario. Puedes traerle á nuestra nueva casa.— Dolores».

Una hora antes de la salida del tren correo, D. Antonio se presentó á recoger á su hijo, á quien acarició tiernamente como siempre. D. Severo despidió al muchacho con palabras afectuosas y estrechó la mano al amante padre. Antonio no quiso despedirse de sus com-

pañeros, como que entre ellos no tenía un solo amigo.

III

Antonio salió del Colegio muy contento, pero duró poco su regocijo. Con asombro vió que su padre, llevándole de la mano, se dirigía á un coche de los de tercera ocupado por gente del pueblo, mal trajeada y con la que jamás se había rozado el soberbio niño. Subió D. Antonio al coche de tercera y como el chico no se convencía de que aquel sitio era el que le correspondía, tuvo que decirle:

—Sube, sube, hijo, que no hay

dinero para más lujo. Y gracias puedes dar á Dios porque no has tenido que volver á pie á Madrid.

Antoñito sintió un sudor frío en todo el cuerpo, y no se atrevió á replicar. Subió al coche y tomó asiento en la dura tabla, entre su padre y un pobre aragonés viejo y asmático que tosía desesperadamente, que no cesaba de moverse buscando postura cómoda, y cuando no tosía resoplaba de la manera más ruidosa, respirando con suma dificultad. Era un compañero de viaje bastante molesto. Por supuesto, no hubo cena; D. Antonio no se había cuidado de hacer provisiones, y su hijo sintió como lo

que no había sentido jamás, frío y hambre. En las estaciones bajaban algunos viajeros, pero entraban otros, de modo que en todo el viaje vino lleno el horrible coche. Antonio, á pesar del frío y del hambre, ya muy tarde se durmió, que en la dichosa edad en que se hallaba, no se pierde el sueño tan fácilmente, y soñó alegrías y grandezas, siendo así más terrible su angustia cuando, clareando ya el día, despertó y se vió en aquel recinto mal oliente, acompañado de personas suciamente vestidas, y con el viejo asmático al lado, que seguía resoplando cada vez con más fuerza. Antonio se echó á

llorar. Su padre abrió la maleta que traía á la mano, sacó un panecillo y se lo dió.

—Toma, hijo, tendrás hambre, le dijo.

Miró Antonio á su padre y vió en el rostro de este una expresión de tristeza que no le había visto nunca. Tomó el pan que su padre le ofrecía, y llorando, empezó á comer, pero siguió sin atreverse á hablar una palabra.

Terminó aquel penoso viaje; bajaron del tren D. Antonio y el chico, y desde la estación emprendieron el camino.—«¿Y el coche?» pensaba Antoñito, echando mucho de menos el hermoso *landeau*, donde



... entre su padre y un pobre aragonés ...

tantas veces había paseado con sus papás. Por calles extraviadas le llevó su padre hasta la empinada de la Arganzuela, en la de Toledo, y allí entraron en una casa vieja, en un portal mal empedrado, en cuyo extremo había un patio, y junto al muro una escalera de madera, por donde subieron á un corredor, en que se veían varias puertas. En una de estas puertas se hallaba la madre de Antonio. Y fué aquella la primera vez que tuvo el niño una expansión de cariño, porque se abrazó fuertemente á la cintura de su madre, llorando y exclamando entre sollozos: — «¡Mamá mía! ¡Mamá mía!» Doña Dolores

le besó, llorando también, y miró á su marido con ansia suplicante, pero D. Antonio, antes de que aquella hablara, dijo.

—Ahora que descanse Antonio, que bien lo necesitará, y duerma unas cuanta horas. Ya tendremos tiempo de hacerle saber lo que nos ha pasado.

D.^a Dolores llevó á su hijo á una de las tres únicas habitaciones que tenía aquella casa, y señalando un catre muy limpio, pero muy estrecho, dijo al niño que experimentaba inexplicable angustia:

—Acuéstate, hijo mío, esta es tu camita.

—¿Esta?, preguntó con asombro

el niño, acostumbrado á su cama dorada, á las magníficas colgaduras de encaje y seda, á la hermosa colcha de raso.

—Esta, sí, añadió D. Antonio, y te advierto que tu cama es mejor que las nuestras. Hijo mío, hay que tener resignación; estamos arruinados; todo lo hemos perdido; estamos en la miseria; pero tu madre y yo estamos resignados y confiamos en que Dios nos dará fuerzas á tí y á nosotros para esperar mejores tiempos. Duerme, hijo mío, tranquilo, y reza antes un Padre nuestro con nosotros.

Y el rebelde Antonio sugestionado por la cruz, severa y grave

y la mirada profunda de su padre fija en él, repitió las hermosas frases del Padre nuestro, mirando ansiosamente á sus padres. Desnudóle D.^a Dolores, y luego que estuvo en el catre, ella y D. Antonio le besaron amorosamente. Y en medio de la profunda amargura, sintió consuelo al recibir la caricia de sus padres. Antes las había recibido siempre con indiferencia, ó con impaciencia y hasta con enojo.

Cuando le vieron dormido, don Antonio y doña Dolores salieron quedito de la habitación, cerraron la puerta y bajito para que no despertara, se dijeron lo mucho que tenían que decirse.

—De anoche acá, dijo D. Antonio, ya creo que advierto algún cambio favorable en nuestro hijo. Mi plan ha empezado á producir efecto. Hemos visto á nuestro hijo humilde y sumiso. ¡Oh, Dios quiera que le salvemos.

—¡Ay!, exclamó la madre, temo que influya en su salud este cambio tan violento de vida. Acostumbrado á tanto mimo.....

—Éso le ha perdido. Si, como espero, se corrige, comprenderá qué gran favor le hemos hecho. Estoy resuelto á mantener, esposa mía, esta ficción hasta que haya obtenido la curación moral de nuestro hijo. Y ahora debo felicitarte por

lo bien que has cumplido mis instrucciones.

—Era mi deber de esposa y de madre. Esta casa, como sabes, es propiedad de mi hermano, y habiéndole comunicado tu plan, como me indicabas en tu carta, me ofreció este cuarto que estaba desalquilado para que vivamos con nuestro hijo.....

—Mientras estemos arruinados, añadió sonriendo D. Antonio y estrechando entre las suyas las manos de D.^a Dolores.

La comida fué muy frugal; una sopa de pan, unos garbanzos, carne poca y unos higos. Y lo mismo que Antonio comieron sus padres.

No podía, pues, quejarse. Pero si la comida era escasa, las caricias y las atenciones con que los papás procuraban compensarle la estrechez de la nueva vida eran tan delicadas y tan tiernas, que Antónito no podía menos de reconocer cuán grande era el cariño que le profesaban. Cuando no estaba en casa D. Antonio, se atrevió el niño á preguntar á su madre, y ésta á vuelta de muchas caricias le dijo que la suerte les había arrebatado todos los bienes, que su papá tenía que trabajar para vivir, y gracias que había aprendido á trabajar, pues si no hubiera sabido hacer nada, entonces habrían tenido que

pedir limosna como las ocurre á otras personas.

A los cuatro días, D. Antonio llevó á su hijo á la escuela municipal gratuita, á la que solo iban niños pobres, mal vestidos, algunos casi descalzos. ¡Qué diferencia entre aquella escuela de pobres y el hermoso Colegio de D. Severo! Allí había niños ateridos de frío, que se conocía bien lo mal alimentados que estaban y se afanaban por estudiar, por saber leer, por aprender á escribir y á contar. El maestro era un hombre seco, mal humorado, que no maltrataba de obra á sus alumnos, pero los reprendía severamente, los llamaba brutos, si

lo eran y solo sonreía á los buenos y á los aplicados. Al haragán ó inepto le ponía las orejas de burro y lo tenía de pié, en medio de la sala para que sirviera de ejemplo, y al aplicado y, estudioso sentábase á su lado, y le confería el honroso encargo de repasar la lección á los atrasados.

Antoñito comprendió su situación. Allí no podía alardear de rico, ni de guapo, ni de elegante. Allí no había más que niños desgraciados, y él con ser muy desgraciado, no lo era tanto como los otros..... A los quince días, D. Antonio preguntó al maestro qué tal era la conducta de Antoñito, y el

maestro se mostró contento del chico, y dijo que era prudente, humilde, callado, atento y aplicado..... ¡En veinte días qué mudanza! ¡La desgracia es la gran maestra! El niño que D. Severo expulsó de su magnífico establecimiento de enseñanza, prometía figurar entre los más aplicados y estudiosos en la escuela gratuita de la calle de la Arganzuela.

Al mes, los padres de Antoñito consideraron corregido al hijo indómito, y una noche, cuando le vieron profundamente dormido, en el mismo colchón bien arropado, condujéronle entre cuatro criados de la casa á la en que había na-

cido y pusieronle sobre la cama suntuosa en que dormía cuando era malo. Su padre y su madre velaron su sueño y allí estaban cuando Antoñito abrió los ojos y se vió en su casa primitiva, rodeado de todas las riquezas y de todas las comodidades que sus padres habíanle prodigado desde que vino al mundo.

— ¡Dios mío!, ¿qué es esto?... exclamó.

Los abrazos y los besos de sus padres le contestaron.

— Esto es, le dijo D. Antonio, que la pobreza te ha corregido de tus defectos, y que ya creemos tu madre y yo que podemos volverte

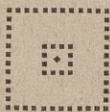
al lugar que te corresponde, sin peligro de que la soberbia y la vanidad te vuelvan á hacer merecedor de la miseria. Si esta lección que te hemos dado te aprovecha y no la olvidas jamás, serás un hombre de bien, digno del aprecio de todo el mundo y del honrado nombre de tus padres. Y nosotros seremos también dichosos, porque la dicha de los padres la hacen los hijos que son buenos.

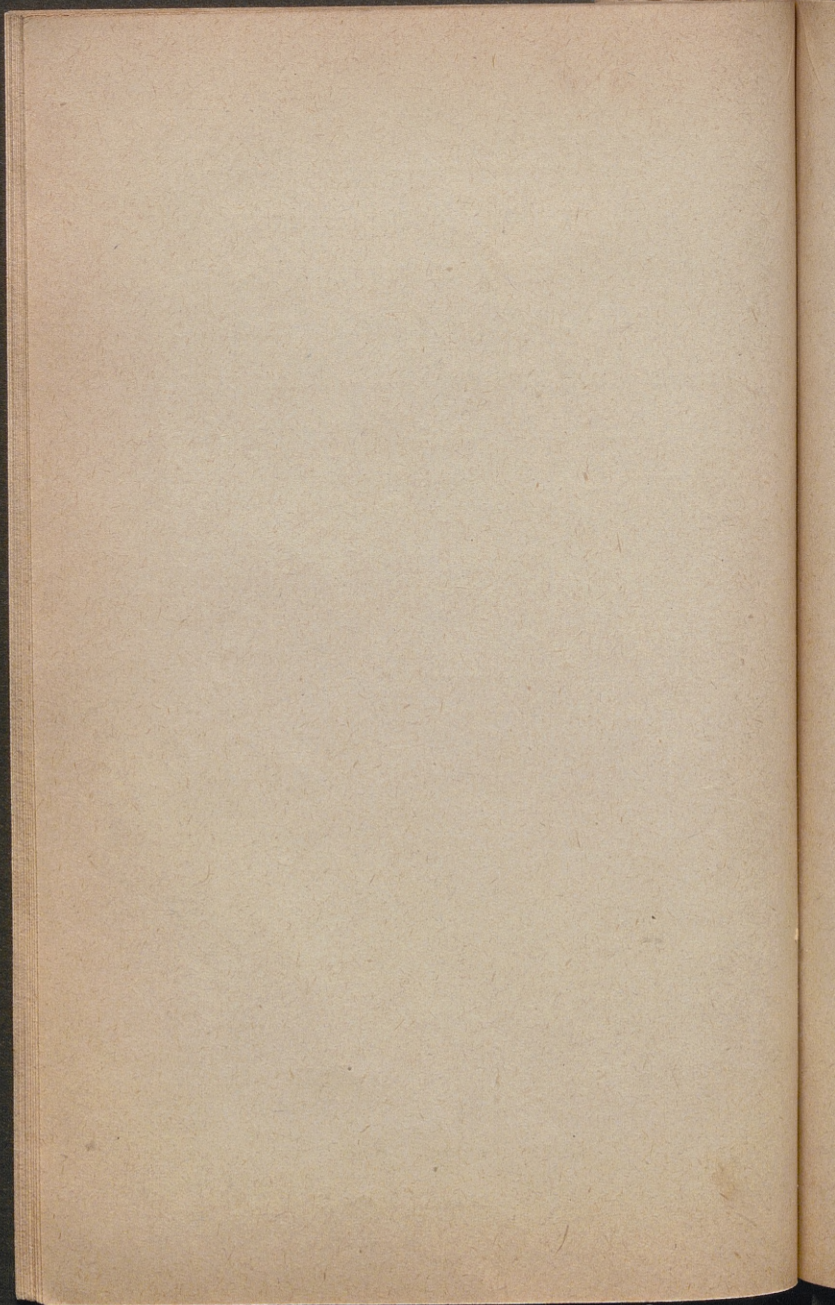
— ¡Oh! ¡seré bueno, seré bueno!, exclamó Antoñito, colmando de caricias á sus papás.

Y lo ha cumplido, Antoñito es hoy un aprovechadísimo alumno de la Facultad de Derecho, que

.....

promete ser un hombre eminente por su saber y todas sus buenas cualidades. Y no olvida nunca lo mucho que le sirvió la asistencia á la escuela de la calle de la Arganzuela.





LA CARTA DE RECOMENDACIÓN

Es medio día. En uno de los extremos más apartados de la aldea de H., se levanta una humilde casita, de cuya chimenea aún no ha salido el tenue penacho del humo del hogar, pregonando con su ausencia que para sus moradores es un día de esos que por los desgraciados se conocen con el nombre de días sin pan; sus moradores han agotado hasta su último recurso:

los crecidos tributos dieron fin á sus exiguos bienes, que pasaron á ser propiedad del fisco, y en la hora suprema en que los encontramos, todas sus esperanzas é ilusiones están basadas en una carta de recomendación que D. Rufo, abogado de la cercana villa, compadecido de su situación, les proporcionara...

El sol hundió su frente tras los blancos pabellones de nubes que coronan las cercanas montañas cubiertas de nieve. Por una senda se ve caminando un campesino, joven aún, robusto y de franca y simpática fisonomía, velada por ese tinte melancólico á que dan tono las

graves preocupaciones: en su traje se refleja la pobreza en lucha con el más pulcro aseo; tanto, que sin temor á equivocarnos, podemos asegurar, que aquél traje, á pesar de sus remiendos, es el destinado á engalanar la persona en las grandes fiestas, lo que nos demuestra que no va al trabajo y sí á algún asunto ó visita urgente, puesto que el día no es de los designados con cruz en los registros del tiempo.

Así es en efecto: Juan Torts, el habitante de la casita aislada, va efectivamente á evacuar una comisión por demás importante; va á la quinta del Sr. Garpié, viejo lobo de mar, que retirado ya de su des-

pacho de armador y del puente de sus buques y goletas, se ha refugiado con su mal humor é irascible carácter en la quinta de «La Luz», desde la cual dirige sus haciendas, una de las cuales tiene sin arrendador y para la que le recomienda D. Rufo, su abogado en la inmediata villa.

Juan va pensativo, porque aunque le apremia la necesidad de alarmante modo, es grande la lucha que ha de sostener con otros solicitadores, más ricos todos que él, que no poseía otra cosa que aquella carta de recomendación; y aunque él, allá en sus adentros, colocaba en un platillo de la balanza de su

conciencia su pobreza, y en el otro su celo, inteligencia y honradez, y veía que se equilibraban, aun prescindiendo de la recomendación, dudaba del buen resultado, dudas que, con poco esfuerzo, su esperanza disipaba diciéndole que la carta serviría para depositarla en el platillo de sus cualidades y suspender en alto el de su pobreza, venciendo á sus contrincantes.

Ya percibía Juan las torrecillas de la quinta, cuando al revolver un recodo del camino, hirieron sus oídos el ladrido de un perro, que parecía salir de una profunda sima que á su izquierda abría su ancha boca, y después de muchas revuel-

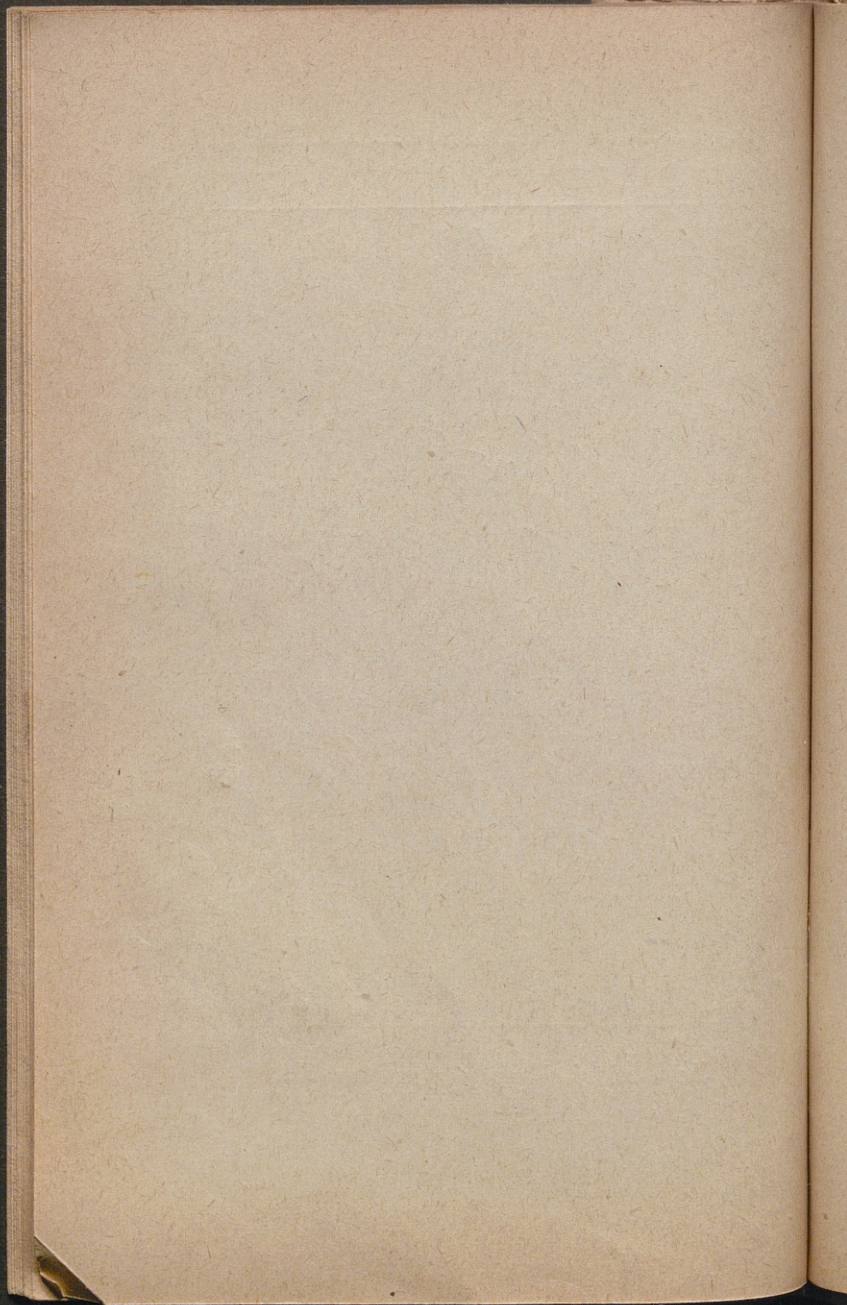
tas terminaba en un cono invertido. Juan se aproximó al borde y miró al fondo, en el que vió un perrillo negro cubierto de nieve, el que sin duda hubo de percibirle porque redobló sus ladridos, que parecían lamentos, y hacía esfuerzos, sin conseguirlo, por incorporarse sobre sus patas traseras.

Juan estaba dotado de muy buen corazón y, además, creyó reconocer en el perro al de una vecina suya, ya viejecita, á la que la pérdida del perro le habría de ser tanto más sensible cuanto que aquel animal era su sola y única compañía.

Llamóle por su nombre y como el perro meneara la cabeza y redo-



Juan colocó el perro en su brazo ...



blara sus lastimeros ahullidos, ya no dudó, buscó el sitio más fácil para bajar y encontró una especie de senda propia sólo para cabras, por la que, aunque con peligro y trabajo, se podía bajar al fondo, y se arriesgó por él.

La pendiente era rápida y peligrosa, porque la nieve estaba endurecida y resbaladiza, por lo que varias veces le faltó pié y rodó, aunque sin daño para su cuerpo, pero no para su traje, hasta que llegó al fondo, donde estaba el perro con una pata lastimada y yerto de frío. Juan colocó el perro en su brazo izquierdo, y valiéndose del derecho empezó la peligrosa

ascensión, hasta que logró verse sano y salvo en la vereda, por la que continuó con el perrillo en brazos hasta la quinta del viejo marino señor Garpié.

Este, como hemos dicho, era un señor de carácter gruñón é irascible, que, acostumbrado á mandar sin réplicas en sus barcos, no toleraba la más leve insinuación, cosa que le hacía casi intratable, porque empleaba además en sus conversaciones dichos é improprios difíciles de aguantar. Por lo demás el viejo marino tenía un excelente corazón, que á los ojos de las gentes quedaba oculto bajo las brusquedades y defectos de su carácter.

Juan Torts solo le conocía de oídas, pues nunca le había visto ni hablado y si se arriesgó á verle fué impulsado por la necesidad y porque su pretensión iba escudada por aquella carta que con sumo cuidado guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

Llegó á la quinta, y suplicó á un criado que le anunciase como portador de una carta de don Rufo.

Fué el criado con el recado, quedando Juan en la antesala, en uno de cuyos rincones colocó el perrillo. Volvió el criado indicándole que entrase en la habitación contigua. Al traspasar el umbral, se detuvo

confuso y suspenso porque oyó la voz del marino que calificaba de zote y de necio al Sr. Rufo, porque le molestaban cuando se disponía á leer un diario.

Quedóse, como decimos, parado, y visto por el marino, le increpó su timidez diciendo:—Avante, avante, mentecato, no esperes que amaine ¡mal tiburón te trague! ¿Quién eres tú? ¿qué quieres?

—Perdone el señor, dijo Juan pretendiendo marcharse, volveré más tarde, cuando no sea tan molesto.

—¡Siempre necios! ¡eso es, vendrás luego á tomarme por abordaje otra vez! ¿eh?

No: ya que me tienes al pairo, habla, grumete: ¿vienes de parte de D. Rufo, eh? ¡Valiente sardina está el tal D. Rufo! Dame, dame esa carta.

Juan entregó la carta al señor Garpié, el que se apresuró á rasgar el sobrescrito y leer su contenido sin fijarse, y al fin, dando un gran puñetazo sobre la mesa y tirando la carta, dijo:—¡Cómo! esa vieja canoa del don Rufo, en vez de solventar mi pleito, ¡mil bombas! se entromete en mis negocios! Ya viraré yo en redondo y echaré á pique á ese falucho sin aparejo! ¡Esa gente de pluma es toda igual! ¿No te ha dicho nada?

—Nada, señor armador, respondió Juan.

—¿Ni te ha dado ningún papel?

—Ninguno.

El marino montó en cólera y, según su costumbre, se desató en improperios contra don Rufo, dejando á Juan acobardado y sin atreverse á mover ni articular palabra. De pronto el marino asió el cordón de la campanilla, y con tanta fuerza tiró de él, que se le quedó en la mano, lo que le hizo exclamar:— ¡Valientes jarcias las de estos botes!—Apareció un criado, al que le dijo:— ¡Pronto, apareja y suelta las amarras que voy mar afuera á echar á pique al ber-



Juan entregó la carta ...

gantín de D. Rufo! El criado que ya estaba acostumbrado á aquel lenguaje por haber sido grumete del armador, comprendió que aquello que le ordenaba era que engancharse el carruaje, que iba á ver al abogado.

El embarazo de Juan llegó al extremo; no se atrevía á irse ni á exponer su petición y estaba como clavado en el mismo sitio, cuando la mirada del señor Garpié se fijó en la alfombra, en la que había un gran charco de agua.—¿De dónde sale tanta agua? exclamó el marino, ¡mil bombas! ¡el agua en mi camarote!

Juan quedó aterrado después que



miró á sus pies: La nieve de que se había cubierto bajando á la sima en socorro del perrillo, al deshelarse en la atmósfera más templada del salón, había originado aquel nuevo contratiempo. Quiso retroceder, pero el mal ya estaba hecho.

El armador, furioso, le dijo:—
¿Por qué has entrado?... ¿qué vienes á hacer aquí?

—Perdone, señor, dijo Juan, desconcertado por completo: Yo, había venido.... hubiera querido.... deseaba hablar al señor sobre el cortijo que tiene sin aparcería.

—¿Qué cortijo?

—El de Rusiñol, que se halla vacante.

—¿Quién ha dicho eso?

—Eso lo sabe toda la comarca, señor armador.

—¡Mal temporal se los lleve! Todo el mundo es un necio.

—Sin embargo, el señor Rufo también me lo ha asegurado.

—¡Ah! ¡Conque ese viejo tiburón se ocupa en buscarme colonos y no defiende mi pleito!

Y ¿es él el que te envía?

—Sí, señor armador.

—Está bien; ¡mala galerna le pille! Le dirás entonces que yo no necesito brújula para guiarme y buscar colono.

—¿Cómo?.....

—¡Rayos encendidos!; que yo

para elegir colono no necesito de nadie, gritó el armador.

—Entonces....

—Y que no estoy por tomar al primero que llegue, sin saber su providad y honradez.

—También creo que habla de eso D. Rufo en la carta, observó Juan con alguna más fuerza.

—¡Ah! sí. ¡Mil bombas!, repuso el armador, eres más tonto que el palo trinquetel; una carta de recomendación la dan esas gentes al primero que se presenta.

—El Sr. Rufo pone en ello alguna más atención, objetó Juan.

—¡Yal! ¡En el sollado debías estar! Pone más atención porque te

recomienda á tí ¿eh?, dijo el señor Garpié burlándose.

El campesino se sonrojó de vergüenza.

—El señor no ha leído sin duda la carta, se atrevió á decir Juan.

—¿Para qué?, vociferó el armador. Sé de antemano lo que ha de decir: dirá que tú eres joven, y yo prefiero un viejo que tenga experiencia y sepa manejar el timón; añadirá que tú eres trabajador, y yo prefiero mejor uno que me dé garantías positivas. El arrendamiento está más seguramente hipotecado sobre bienes, que no sobre la conciencia de cualquiera, y....

—¿El señor ha encontrado ya el

rico colono que desea?, preguntó Juan con alguna emoción.

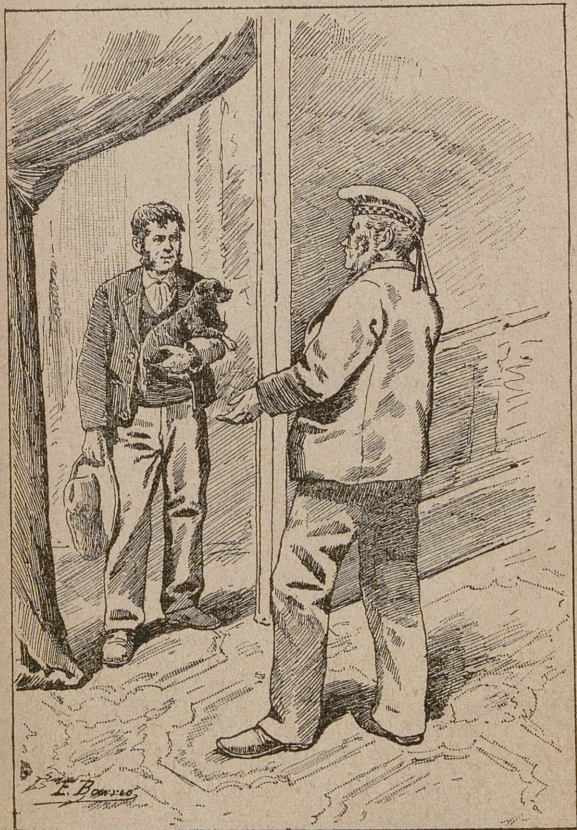
—Sí, replicó el armador; el tío Toñet, que mal tiburón le pille, me ha hecho proposiciones, las cuales aceptaré.

Juan no replicó.

Por cruel que era para él esta contrariedad, que desvanecía su esperanza, no era hombre de insistir después de tan rotunda negativa.

Expresó en pocas palabras su sentimiento y abrió la puerta del salón, que el Sr. Garpié le impidió cerrar.

Ya iba á salir, cuando se dejó oír el gruñido lastimero del perro. Volvióse Juan al percibir el ladrido



—Y ahora ¿qué vas á hacer con él?

del perro, que en su preocupación había olvidado, y el que trabajosamente se arrastraba hacia él, y se inclinó para cogerlo.

El armador, que se había detenido en la puerta del salón, montando nuevamente en cólera, preguntó por qué estaba allí aquel perro herido.

El joven campesino refirió con sencillez lo ocurrido cuando venía á la quinta.

—¿Y por eso estabas cubierto de nieve?, replicó el armador con tono menos áspero.

¿Y por qué te expusistes á romperte la crisma, perdiendo la arboladura por ese perro?

—Porque sufría, señor armador, replicó Juan.

—Y ahora ¿qué vas á hacer con él?

—Conozco á su ama.

—¡Ah! ¡Mala galerna me pille! ya comprendo; esperas ser recompensado; una buena propina ¿eh?

—Perdone el señor armador: su dueña es una anciana muy pobre, que sólo vive de limosnas; mas no por eso quedaré yo menos recompensado.

—¡Cómo!, ¿pues no dices que vive de limosnas?

—Sí; pero...., se pondrá tan contenta, que su alegría y agradecimiento serán el pago.

El armador lo miró fijamente.

—¿Esperas solamente eso?, le dijo en tono más suave.

¿Cómo te llamas?

—Juan Torts.

—En efecto: ese es el nombre que he visto en la carta del cangrejo de D. Rufo.

Y ¿hubieras deseado el cortijo de Rusiñol?

—Esa era toda mi ambición y mi única esperanza. Con él hubiera podido criar á mis cuatro hijos.

—¿Tienes cuatro hijos? ¡Hombre al agua! Tener cuatro hijos es peor que un naufragio. Eso sí que es una desgracia.

—¡Una desgracia? Perdone usted,

señor armador, ¡pero son todos tan hermosos!

—Sí, muy hermosos, pero es preciso alimentarlos.

—Ciertamente. Si ya que mi corta hacienda se la llevó el fisco por no poder pagar los tributos con los malos años, yo pudiera labrar un cortijo, ellos no carecerían de nada; pero como decía muy bien hace poco el señor armador, no consiste todo en tener fuertes brazos.

—Me parece que es, por lo menos, lo principal, replicó el marino; sin timón y sin timonel no marcha la nave.

—Cuando no se puede ofrecer

otra garantía que la pobreza y la honradez...

—¿Conoces tú otras mejores?

—Y cuando á uno no le conocen nada más que por una carta de recomendación, que se le da á cualquiera y no lee el que la recibe....

—Sí; pero á tí ya te conozco, ¡mil rayos!, pero no por la recomendación del carcamal de don Rufo, sinó por esa que llevas en tus brazos.

—¿Cómo! ¿El perro?

—Sí: replicó el señor Garpié, el perro que has socorrido porque sufría y que llevas á su dueña para evitarla un gran disgusto: No hay

carta de recomendación tan atendida.

Ahí tienes: Yo desprecio la del majadero don Rufo, que ya le ajustaré las cuentas; pero en cuanto á la otra.. yo la acepto como buena.

En prueba de ello, desde ahora tu eres el colono del cortijo del Rusiñol.

Juan quedó confuso y una lágrima rodó por sus mejillas y fué á ocultarse en su pecho. Dió gracias á su protector por el bien ya inesperado que le proporcionaba y que constituía toda su ambición.

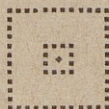
El contrato fué allí mismo firmado y el aldeano regresó á su casa, donde su mujer y sus hijos le espe-

raban impacientes, y al saber el resultado de la entrevista, cayeron de rodillas derramando abundantes lágrimas y dieron gracias á Dios por haberlos socorrido en tan apurado trance.

El armador, cuando conoció mejor á Juan, le hizo anticipar, le cedió terrenos y le ayudó, por último, á adquirir una desahogada posición, á que era acreedor por sus excelentes prendas.

Desde entonces las chimeneas de la casa de Juan dejaron de pregonar con su muda, pero elocuente é inteligible voz, que los crueles días sin pan habían sido ahuyentados de ella por el bendito trabajo.

El Sr. Garpié, el armador, se complacía en relatar este suceso mezclado con sus típicas interjecciones, y de cuyos labios le oí yo, no sin que agregara siempre al finalizar el relato estas palabras, que debieran quedar grabadas en vuestra memoria: « *Un rasgo de desinteresada humanidad, debe ser á los ojos de los hombres la mejor carta de recomendación.* »



LA CORTEZA

COMO Paquito era hijo de padres adinerados, desde que empezó á vivir gozó de todo género de comodidades y satisfacciones. Él conoció y disfrutó los mejores juguetes y las más exquisitas golosinas; vistió los mejores trajes y se oyó llamar *señorito* desde el punto y hora en que supo decir claramente media docena de palabras seguidas.

Le gustaba, como á todos los niños, que le contaran cuentos, especialmente á la hora de dormir, y nunca faltaba un cuentista que le cumpliera el deseo, relatándole estupendas aventuras de princesas encantadas, de arriesgados viajeros ó de criaturas maravillosas.

Alguna vez salía á relucir en los cuentos «un niño muy pobre que andaba el mundo en busca de la fortuna.» ¡Un niño pobre y sólo! ¡La más asombrosa é inconcebible figura que pudieran describirle á Paquito! Porque él no tenía noción del estado de pobreza ni sabía lo que eran privaciones. En su modo de imaginarse la vida y el mundo,

daba Paquito por bueno que todos los niños poseían trajes de terciopelo y comían *marrons glacés* y bombones *fondant* á su antojo.

Así fué que la primera vez que vió en la calle un golfito andrajoso que pedía limosna, preguntó á su aya:

—¿Quién es ese niño?

—Un pobrecito de pedir.

—¡Ah! ¿Son así los pobres? ¡Es como ese aquel *Pulgarcillo* que tú me cuentas á veces? ¡Qué feo va!

—Él ya quisiera ir mejor vestido, pero el pobrecillo, no tiene.... Toma, dale esta moneda, verás que contento se pone.

—¿No me hará daño? ¡Tengo miedo!

—¡No, tontín, no te hará daño!

Y así fué, que apenas recibida la limosna, el chiquillo, con esa locuacidad de los del arroyo, empezó á *soltar* una letanía de «¡Dios le bendiga, hermanito! ¡Dios se lo pague!», tan varia y tan acariciadora, que Paquito se quedó embozado oyéndole y sintió un placer tan grade como si le hubiesen regalado un juguete nuevo. Así aprendió la caridad el héroe de mi historia.

Andando el tiempo, enseñanzas mal dirigidas fueron modificando las buenas tendencias naturales en Paquito, y cuando entró en un colegio para estudiar el bachillerato,



—¡No, tontín, no te hará daño!

ya consideraba á los pobres de modo muy distinto á la fecha en que ocurrió el incidente que queda señalado. Paquito se enteró de su posición encumbrada y de la distancia que había de él á los niños de familias más modestas; empezó á sentirse orgulloso y á conceder ó rechazar amistades, según la posición social de quienes se las solicitaban.

Un día ingresó en el colegio de Paquito un alumno nuevo. Bernardo, hijo del tenedor de libros de una casa de comercio, donde, trabajando muchas horas al día, ganaba lo necesario para vivir con su numerosa familia. El padre de

Bernardo quiso que su hijo estudiara, y aumentando la lista de pequeñas privaciones á que voluntariamente y por amor paternal se había sometido, destinó parte de su sueldo á pagar las clases.

Como si se hiciera cargo del sacrificio, Bernardo correspondía á los desvelos de su padre con una aplicación en el estudio, que hizo de él muy pronto el *número uno* de la clase y el discípulo predilecto de sus profesores.

Paquito no había querido hacerse amigo de Bernardo, juzgándole poca cosa para participar de sus diversiones, pero Bernardo era la obsesión de Paquito, que hablaba

de él frecuentemente y con desdén, se enorgullecía con los desprecios de que más de una vez le hizo objeto, y envidiaba sus progresos en clase.

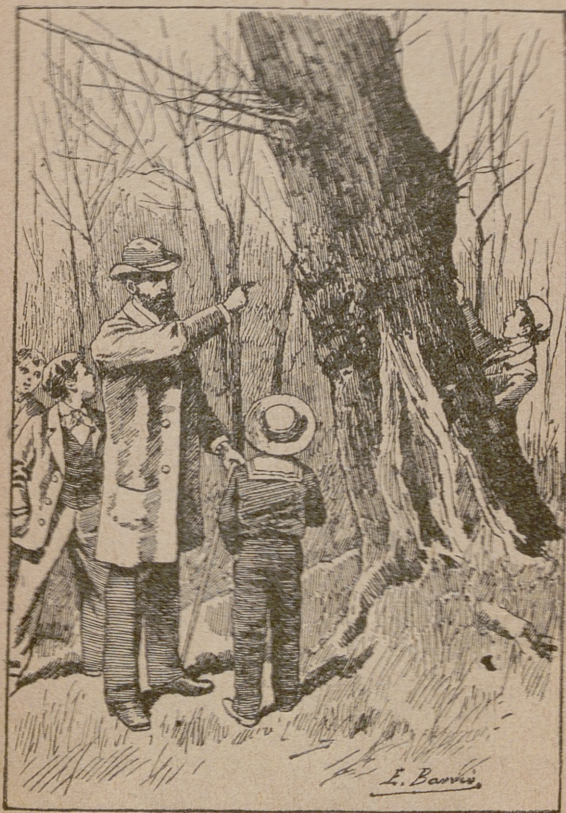
El profesor que tenía á ambos á su cargo y que estimaba á cada uno en lo que valía, quiso con un ejemplo variar las inclinaciones del niño aristocrático. Llevóles una tarde de paseo con sus condiscípulos, y cuando caminaban por una arboleda, hizo que todos se detuvieran junto á un añoso tronco, de arrugada corteza y secas ramas.

—Mirad, les dijo — : ¿Qué os parece este árbol?

—Muy feo—repuso Paquito.—

Eso no servirá ni para hacer leña. Parece que tiene costra en vez de corteza; está descascarillado por muchos sitios.

— Esa es la apariencia. Pero tened presente, que no hay que juzgar por la corteza, de las condiciones de un árbol; así como no se debe juzgar por la ropa, de las de un hombre. Ese tronco que te parece tan feo y tan arruinado— continuó, dirigiéndose á Paquito— encierra la savia vivificadora que al llegar la primavera le adornará de hermosas ramas y le vestirá con abundantes hojas. Vale en el vegetal lo que tiene dentro y puede salir á la superficie, no lo que se



Ese tronco que te parece tan feo...

ve por fuera y en mal tiempo. En las personas puede ser el traje muy viejo, y hasta roto, en tanto que el corazón y la inteligencia sean dignos de vestir púrpuras y sedas.

Bernardo no dijo una palabra en todo el paseo. Recordaba haber visto á su padre muy triste y á su madre llorosa, y no podía apartar á uno ni á otra de su memoria. La lección del árbol le impresionó poco porque no pudo prestar la atención que prestaba en clase constantemente á cuanto el maestro les decía.

Cuando volvió á su casa, la pena de sus padres era mayor que por

la mañana. Los tristes presentimientos que les agobiaban se habían confirmado, y por quiebra de la casa en que servía, el padre se había quedado sin empleo.

Empezaron las escaseces en la familia; Bernardo tuvo que dejar de ir al colegio, y entre sus compañeros se supo y se comentó el por qué de su ausencia.

Paquito lo refirió en su casa á la hora de comer, y terminó su relato diciendo:

—¡Ya sabía yo que no podía ser mi amigo!

*
* *

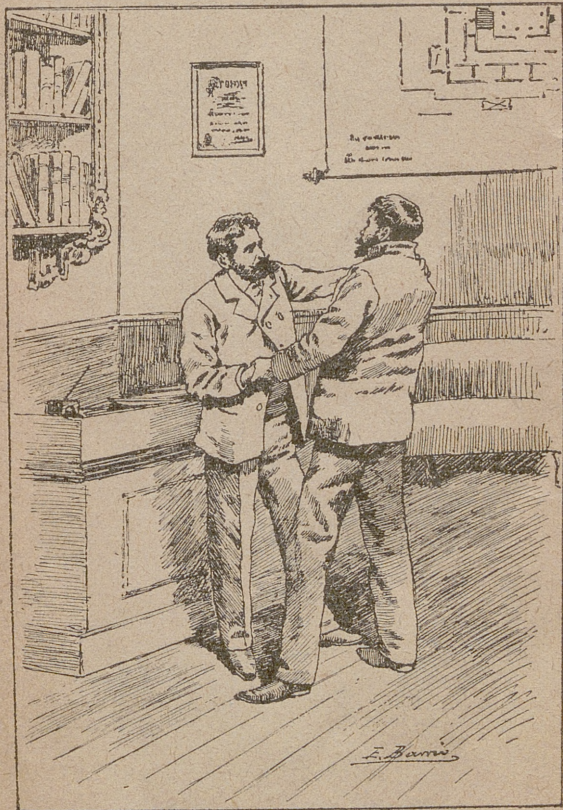
Años después de los sucesos que dejamos relatados, la desgracia hizo presa en la familia de Paquito. Continuados reveses fueron menguando el capital, y de las bienandanzas de antaño quedaba sólo el recuerdo. Paquito seguía siendo orgulloso, pero la desventura le dió lecciones sabias y de las que se graban de modo indeleble en la memoria. Vió el mundo tal como era y se resignó con su suerte.

Pero como si no hubiera padecido bastante, las contrariedades continuaron lloviendo sobre él hasta el punto de que Paquito, terminada su carrera de Derecho, se encontró huérfano, sólo y pobre.

Vestía con la ropa de tiempos pasados y la cuidaba muchísimo, viendo próximo el día en que también el traje decente le faltara, porque no tendría con qué sustituirle.

El problema se le presentaba sin solución. En la abogacía no había que pensar para vivir; para lograr un empleo le faltaban influencias y oficio no sabía ninguno. ¿Qué hacer?

Reflexionaba sobre ésto un día, como otros muchos, cuando se encontró á un antiguo discípulo á quien en vano había pedido ayuda diferentes veces. Y hablando, hablando, le dijo Luis—que así se llamaba:



Fué amablemente recibido ...

—¿Á qué no sabes de quien he tenido noticias?

—¡Como no me lo digas, no es fácil!

—De Bernardo, del pobrecito Bernardo. ¿Te acuerdas?

—No... ¡Ah, sí! ¿Aquél que tuvo que dejar de ir al colegio porque no podían pagárselo sus padres?

—Eso es. Aquél que era siempre el primero en clase.

—Y ¿qué hace ahora?

—Es director de una importante fábrica de tejidos. Está en grande y hará fortuna. Es hombre que vale.

Al saber las prosperidades de su excondiscípulo, Paquito pensó mu-

cho en aquellas escenas que antes hemos descrito. Despertóse en él la envidia y quiso dudar de que fuese cierto lo que le referían.

Trató de convencerse. Buscó la fábrica de Bernardo y se presentó á él. Fué amablemente recibido, y contó sus penas.

Bernardo, entonces, espontáneamente le dijo:

—¡Pobre amigo mío! Te compadezco y me considero obligado á demostrártelo: Desde hoy tienes aquí casa, mesa y un sueldo si quieres quedarte en la oficina...

¡No había de querer! Paquito recordó una vez más sus antiguos desdenes, se arrepintió de su pasada

conducta y, viniéndole á las mientes *la lección del árbol*; dijo á su protector:

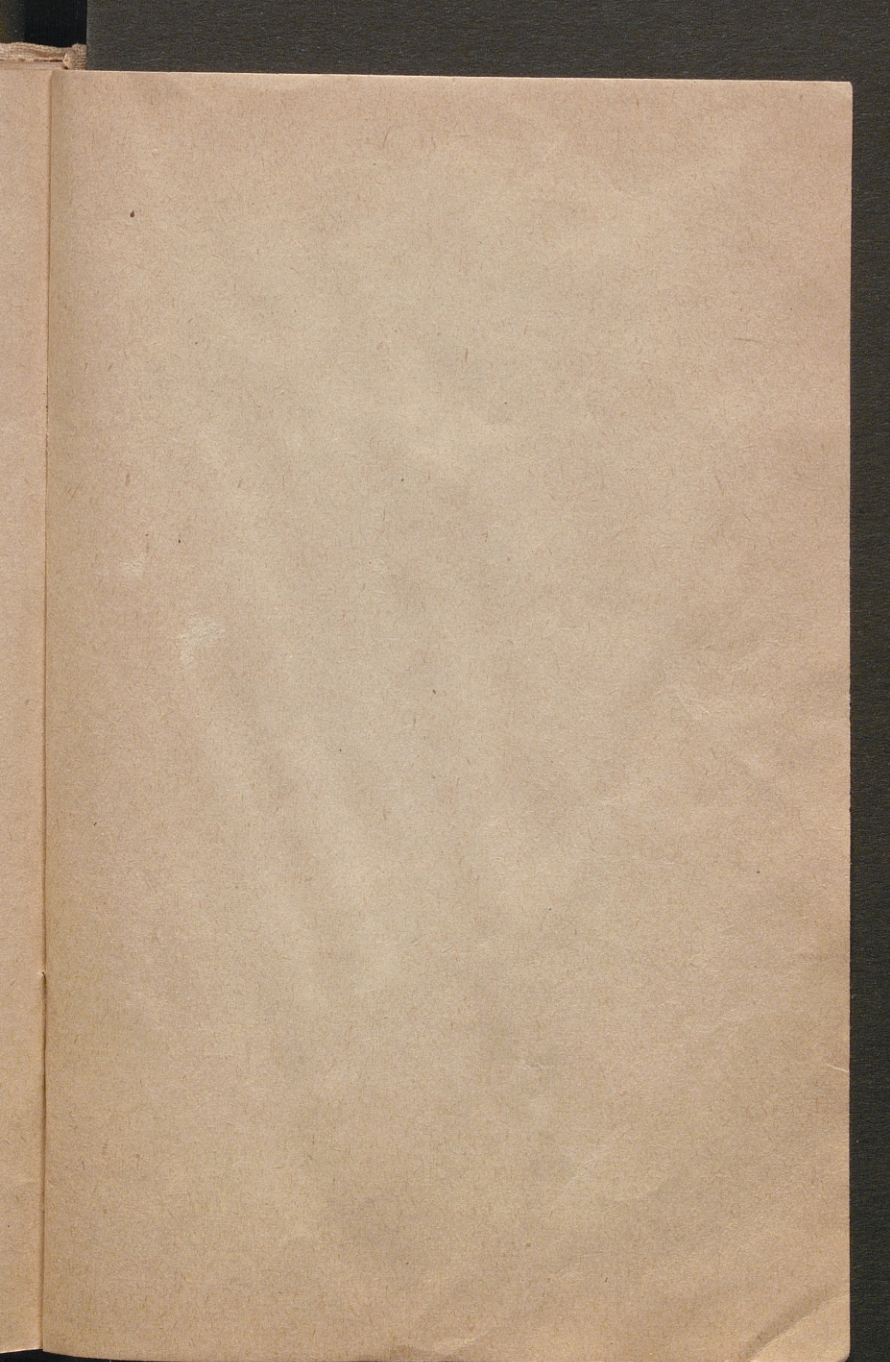
—¡Qué razón tenía el maestro! Lo más equivocado de este mundo es juzgar por la corteza, pues el árbol más feo durante el invierno, dá espléndidas hojas y magníficas flores en la primavera. El todo es la savia, el corazón, lo de dentro.



INDICE

	<u>Páginas</u>
La vuelta de la guerra.....	5
Antoñito.....	25
La carta de recomendación	57
La corteza	105





Ferr

